



www.loqueleo.com/es

© 2006, Fernando Lalana y José María Almárcegui

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-053-4

Depósito legal: M-37.909-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: julio de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La momia de Leningrado

F. Lalana y J. M.^a Almárcegui

Ilustración de cubierta de Javier Olivares

loqueleg

«Serás como Ra, te alzarás y
te acostarás eternamente».

Del *Libro de los Muertos*,
de PTOLOMEO V EPÍFANES.

Prefacio

Un diálogo sobre Celso Mirapatios

—No sé si llegó a ser consciente de que, a los ojos de los demás, era un monstruo; pero lo cierto es que lo era. Incluso para mí, sin duda. Un monstruo escalofriante. Y no solo por su monstruoso aspecto: flaco, altísimo y de manos enormes; o porque anduviese siempre gimiendo y babeando; o por el detalle de que le faltase un pedazo del cráneo. Yo creo que era un monstruo, sobre todo, porque había llevado una vida digna de un monstruo, siempre coqueteando con la muerte.

—Coqueteando con la muerte. ¡Qué poético!

—Así es: con su propia muerte y con la de los demás. A los diecisiete años se apuntó voluntario para luchar en la Guerra Civil española del lado de los nacionales y fue allí, en el frente norte, cerca de Alsasua, donde la metralla de un obús de mortero casi le arrancó la vida.

—Pero no murió entonces, claro está.

10 —No. La explosión solo le destrozó parte de la cabeza, lo que le dejó ya para siempre mudo y medio lelo. Un capitán médico, que debía de creerse pariente lejano del doctor Frankenstein, ordenó al herrero de un pueblo cercano forjar en la fragua una pieza de hierro templado con la que le tapó el boquete que el proyectil le había abierto aquí, en el parietal derecho, y por el que incluso había perdido parte de la masa encefálica.

—Una decisión arriesgada.

—Según se mire. Lo cierto es que no tenía mucho que perder. En plena batalla y con una herida así... ni él mismo habría dado un real por su vida. Inexplicablemente, milagrosamente quizá, sobrevivió a la intervención quirúrgica y, al acabar la contienda, le sustituyeron la placa de hierro por una de acero inoxidable en otra arriesgada operación. Incluso apareció en los periódicos de la época como un éxito del sistema sanitario del nuevo régimen instaurado por el general Franco. Por cierto que, años después, lo encontré trabajando como bedel en la Facultad de Medicina.

—¿Al general Franco?

—¡No, hombre...! A Mirapatios.

—Ah, ya decía yo...

—Se encargaba del cuidado de los cadáveres necesarios para las prácticas de disección del departamento de Anatomía. Los traía y los llevaba, los limpiaba, y hasta remendaba a su manera los estragos que en ellos causaban los escalpelos de los estudiantes menos diestros. Al final de cada curso, se encargaba de trasladar hasta el cementerio municipal los restos ya inservibles. Hacía buenas migas con los sepultureros, que lo consideraban uno de ellos, lo que resulta notable, pues los enterradores conforman un gremio tremendamente corporativo y cerrado.

—¿Cuándo ocurría todo eso?

—Hace unos... unos veinte años, calculo. Sí. A principios de los ochenta. Por aquel entonces, en su carné de identidad ya aparecía como Celso Mirapatios. Era un nombre inventado, claro está. Mirapatios no era sino el apodo por el que lo conocieron los alumnos del colegio de los hermanos maristas, donde permaneció durante algunos cursos como vigilante de recreos. Y Celso era el nombre de aquel capitán médico que le salvó la

vida en la Guerra Civil... o que le condenó a una existencia que quizá no merecía haber llevado, según se mire.

—Entonces..., ¿incluso usted ignora cuál era su verdadero nombre?

12 —Así es. Él lo había olvidado y no poseía documento alguno que lo aclarase. Nunca supe dónde nació, ni su edad exacta, ni si tenía algún familiar.

—¡Qué cosa tan tremenda! Vivir sin saber quién eres...

—En sus últimos años, seguramente fui su único amigo. Le ofrecí ser mi ayudante cuando perdió su empleo en la facultad a raíz de un turbio asunto de tráfico de restos humanos. A pesar de sus deficiencias, me empeñé en que aprendiera a defenderse solo, a preparar los baños para curtir y embalsamar... Ahora pienso que fue un error. Nunca debí intentarlo. Una tarde, justo hace ahora once años, cuando yo ya creía que el pobre Celso era capaz de manejarse por sí solo con los productos químicos, confundió el cloruro sódico con la sosa cáustica, y murió asfixiado por los vapores producidos, en un accidente del que yo siempre me he sentido único responsable.

—Espere, espere un momento... ¿Lo dice en serio? ¿De veras cree que la muerte de su ayudante fue culpa de usted?

—En efecto, ya le digo que siempre lo he creído así.

—¿Y si yo le dijera que Celso Mirapatios no murió a causa de la inhalación de vapores tóxicos..., sino que falleció estrangulado?

—¿Qué? Estrangulado... ¡No es posible!

—Le aseguro que lo es. Al analizar su... su momia, se pudo comprobar que tenía rota la tráquea.

—Pero... ¿qué me está diciendo? ¡Oh, señor...! Si eso fuera cierto... yo habría vivido engañado durante todos estos años.

—En efecto. Aunque, desde luego, no fue usted el único que resultó burlado.

—¡Ejem...! No, claro... Pero, como verá, en este asunto nadie ha obrado de manera intachable.

—Eso parece. Y ya que hablamos de ello..., ¿le importaría contarme cómo acabó el cuerpo de Celso Mirapatios en el Museo Egipcio de Leningrado? Creo que ya es lo único que me intriga.

—Eso... es un poco más largo y difícil de explicar.

—No se preocupe por eso, don Pablo. No tengo prisa. No tengo ninguna prisa...

Jueves,
22 de junio de 2000

Sparring

14 —Así que, al final, lo has aprobado todo.

—Sí.

—Me parece inaudito, Gerardo. Mi más sincera enhorabuena. Entonces..., ¿vas a seguir estudiando?

Al escuchar aquello, Gerardo Biela detuvo con dificultad sus ciento quince kilos de peso y me miró desde la atalaya de su metro noventa y cinco de estatura. Torció el gesto como si le hubiese mencionado al Hombre del Saco. A cualquiera que no lo conociese como yo le habrían dado escalofríos.

—¡Qué dices, hombre, qué dices! —bramó—. ¡De seguir estudiando, nada! Si me he roto los codos este curso como nunca en mi vida, ha sido porque llegué con mi padre a un acuerdo: si aprobaba la Secundaria no me daría más la lata con los estudios y podría ponerme a trabajar de una condenada vez. Hoy es, para mí, un día histórico.

Buscó con la mirada un cercano grupo de contenedores de reciclaje y se dirigió hacia allí. Abrió la cremallera de su mochila y la vació por completo en la boca del de color azul.

—¿Qué haces?

—Señoras y caballeros: con este sencillo acto, Gerardo Biela Brazatortas dice adiós para siempre a los libros. A los de texto, se entiende.

—Buena precisión.

Acto seguido, arrojó la mochila al contenedor amarillo. «Todo tipo de envases», decía el rótulo.

—Listo.

Gruñó. Luego, metió las manos en los bolsillos y siguió andando.

—¿Ya sabes en qué vas a trabajar? —le pregunté, cuando logré ponerme a su altura, superada la sorpresa.

—No, aún no. De momento, mientras encuentro algo, mi padre me ha ofrecido un puesto en su gimnasio.

—¿Haciendo qué?

—Como *sparring*.

—Ten cuidado. Tengo entendido que los boxeadores a los que entrena tu padre son de lo mejor.

—No te preocupes. Sé cuidarme.

—No, si lo digo por eso, precisamente. A ver si vas a descalabrar a una futura promesa del cuadrilátero y te buscas un lío.

En ese instante, escuchamos a nuestras espaldas la voz de grulla de Maximiliano Urgel; Max para los amigos.

16 —¡Eh! ¿Adónde vais tan deprisa?

—Lejos del instituto —contestó Biela—. Cuanto más lejos, mejor. Fin de curso. Fin de etapa. Fin de todo.

—Esperad, esperad. Tengo algo que proponeros.

—¡Ni hablar! —exclamamos Biela y yo, al unísono, sin detenernos.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Qué clase de amigos sois vosotros, que ni siquiera podéis escuchar una proposición?

—Amigos escarmentados —le aclaré, innecesariamente.

Max Urgel abrió los brazos al tiempo que exhibía esa mueca repulsiva a la que solo él es capaz de llamar sonrisa.

—Vamos, vamos..., ya sé que durante estos últimos años nos hemos metido en algún que otro lío...

—¡No es exacto, Max! Tú nos has metido a los tres en infinidad de líos.

—Vale, vale..., pero ahora traigo algo que os va a compensar de todos los malos tragos que habéis pasado por mi culpa.

—A ver...

El pelirrojo Urgel carraspeó, antes de continuar.

—Decidme: ¿qué es lo que más desea alguien en nuestra situación: cumplidos los dieciséis tacos y recién terminada la Enseñanza Secundaria, vulgo ESO?

—¿Ligar con una tía estupenda? —aventuró Biela.

—¡Siempre igual! —se lamentó Urgel—. ¡Siempre pensando en lo mismo! ¡Ligar, ligar...! Bueno, pues no es eso. Lo que alguien como nosotros desea es... pasta.

—¿Macarrones?

—¡No, hombre! Pasta gansa. Guita. Tela. Parné.

—¿Eh?

—¡Dinero, hombre, dinero! Dinero para comprar una moto de ciento veinticinco.

—Ah. Es que yo no sé montar en moto.

—Bueno, pues para sacarte el carné de moto y, luego, comprarte una moto —aventuró Max, inasequible al desaliento.

—Pero si yo no...

—¡Es un ejemplo, Gerardo, demonios!

—¿Un ejemplo de qué?

18 Visto su escaso éxito con Biela, Max decidió probar suerte conmigo.

—Veamos... A ti, Nico, ¿qué es lo que más te apetecería comprarte en estos momentos?

—¿Lo que más?

—Lo que más de lo más.

—Un Stradivarius.

—¿Eh? ¿Y para qué quieres un... un... un animal prehistórico?

—Un Stradivarius no es un dinosaurio sino un violín. Un violín carísimo.

—Ya... Bueno..., pues ahí lo tenéis. Para comprar un *extranviarius* de esos, hace falta dinero. Y para ganar dinero, ¿qué hace falta?

Biela y yo nos miramos, una vez más.

—Ser un sinvergüenza —dije.

—Jugar a la lotería —dijo él.

—¡No, demonios, no! —exclamó Max, apretando los puños—. Os he dado antes la pista: resulta que ya hemos cumplido la edad mínima laboral. O sea, que a partir de ahora podemos encontrar un trabajo de verano.

—¡Hombre...! De eso estábamos hablando hace un momento, precisamente.

—¿Lo veis? Ya lo sabía yo, ya... Ahora, decidme: ¿qué os parecería ganar treinta mil duros¹ por un par de semanas de curro facilito?

19

Con solo aquella tonta frase, la conversación de Max adquirió súbitamente un marcado interés para Biela y para mí.

—¡Qué dices! ¿Ciento cincuenta mil cucas por quince días de curro?

—¡Ciento cincuenta mil para cada uno de nosotros. ¡Ojo al dato! ¡Para cada uno!

Reconozco que sentí de inmediato un cosquilleo trepando por mi columna vertebral.

—¿De qué hay que trabajar? ¿De minero?

—Frío, frío...

—Tiene que tratarse de algo ilegal —deduje.

1. 1 duro = 5 pesetas.

30.000 duros = 150.000 pesetas = 900 euros aproximadamente.

—¡Que no, hombre, que no! —protestó Urgel—. ¿Es que me has tomado por un delincuente?

—Todavía no. Por ahora, solo un delincuente en potencia.

—¡Ciento cincuenta mil pelás! —repitió Biela—. ¡Menudo verano nos íbamos a pegar!

20 —Pues eso está hecho —aseguró Max—. Mi tío Pablo anda agobiado de faena y necesita ayuda imperiosamente. No cree que sean más de dos semanas de trabajo, pero está dispuesto a pagarnos el mes entero. Si os parece bien, empezaremos el próximo lunes.

—Por mí, de acuerdo —dijo Biela.

—Absolutamente de acuerdo —dije yo.

—¡Perfecto! Voy a llamar ahora mismo a mi tío y le digo que puede contar con nosotros —confirmó Max Urgel—. ¡Lo vamos a pasar en grande, ya veréis!

—Por cierto... —dije, interrumpiendo la euforia de nuestro compañero—. ¿A qué se dedica tu tío?

—¿Mi tío Pablo? Es taxidermista. Dicen que es uno de los mejores del país.

La nueva mirada que Biela y yo cruzamos fue una mirada sorprendida.

—¿Y qué es un taxidermista? —preguntó él, al fin.

—Amigo, Biela, qué poca cultura general... La propia palabra lo dice. Taxidermista: el que conduce un taxi —dijo Max, más serio que una ristra de ajos.

—Claro. Justo lo que yo pensaba —murmuró Biela.